



LA SANTA CAPILLA.

ZARAGOZA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL.

REAL ALCÁZAR DE LA ALJAFERÍA Ó ALFAJERÍA (1).

Al O. de la puerta titulada del Portillo de la invicta y heroica ciudad de Zaragoza, hacia la derecha del río Ebro y á la izquierda de las carreteras de Pamplona y Madrid, á distancia de unos 200 metros de la indicada puerta, con la que se une por medio de uno de sus ángulos australes, levanta su magnífica planta ese sólido paralelogramo de 140 varas de longitud por 128 de latitud con sus ángulos achaflanados y semi-oblicuos. Sobre sus bases paralelas elevanse las fachadas N. y S.; su longitud de unos 100 metros cada una: la cortina de Occidente corre la dimension de 400 palmos paralelos, y en el oblicuo restante apoya la del E. formando un ángulo de 98 grados.

En la construcción de sus cinco patios abiertos, sus átrios y patios que dan luz á los departamentos del palacio, no predomina orden ni simetría. El primero se halla á poco mas de veinte pasos de la puerta del principal, y se hallaba en su primer período recargado de follajes y cornisamentos corridos sobre una columnata de capiteles corintios, que luego fueron sustituidos por los adornos modernos calcados sobre las reglas arabescas. El vestibulo que conduce desde la puerta indicada hasta el patio, se ve cubierto de un platillo elíptico, y sobre el timpano del arco toral que se halla al ingreso, está el escudo tallado con las armas de la corona de España. El diámetro de este patio es de 70 palmos superficiales en rectángulo.

(1) Así llamaron los árabes á este edificio, cuyo nombre ha cambiado por corrupción.

El mas notable de los cuatro patios restantes es el llamado de Santa Isabel, de arquitectura moderna: sus ventanas rectángulas se estienden proporcionalmente sobre sus paredes de ladrillo que forman el perímetro de la galería, y hacia un lado se notan vestigios de los arcos apuntados con semicírculos recargados de arabescos y adornos de pésimo gusto. Estos restos se hallan sostenidos por dos columnas mutiladas de mármol con basamentos de escatron.

Mas adelante, precedido de hermosos vestibulos y habitaciones, despréndese un laberinto de escaleras suntuosas, mutiladas tambien en gran parte, una de las cuales conduce por una serie de bovedillas que cubren su galería al departamento conocido con el nombre de salon de Santa Isabel. Inmediato á este se nota una puerta condenada, llamada en lo antiguo puerta de la Traicion, por la que cometió un esclavo africano para vengar en su mismo rey unos celos criminales, y en cuyos accesorios entre mil caprichos artísticos se lee repetidas veces este mote que nadie ha podido todavia resolver: *Tanto monta*. Sobre el fronton de dicha puerta se puede ver aun su remate intacto y que representa dos leones disputándose un rollo de papiro con unos anagramas misteriosos.

El frontispicio del salon de Santa Isabel da una idea ya de la suntuosidad de este departamento fastuoso, y que miran con religiosa veneracion los aragoneses, por las tradiciones y consejas que se refieren de él. Dos leones rapantes sostienen sobre el dintel exterior el escudo de la corona de España con sus atributos heráldicos, y á sus extremos laterales hay dos ventanas circulares de sencillo gusto, que trasmiten al salon una luz opaca y escasa, resaltando sus orlas delicadas sobre el blanco mate de la pared.

El salon recién blanqueado y limpio ofrece un aspecto grandioso con sus ricos artesonados, sus casetones y molduras y sus mil ara-

3 DE JUNIO DE 1833.

bescos, decorado todo con una magnificencia verdaderamente régia. Sobre su cornisamento arquitrabado corre una hermosa galería, trazando mil labores ó inscripciones góticas en combinacion con varios adornos en relieve y varias piñas doradas que se enlazan con las molduras en medio de follajes en resalte. En un principio llamóse esta hermosa pieza salon de embajadores: mas adelante cambió el título en el que hoy lleva.

Inmediato al salon que dejamos mencionado se halla el gabinete con su alcoba, donde nació Santa Isabel: aquí degenera el gusto arquitectónico, y el enmaderamiento ó artesonado se desprende del género churrigüesco, formando una combinacion de casetones sencillos y enlazados artísticamente por medio de sus ángulos superficiales, prendidos con maestría y solidez. En este departamento se halla asimismo repetida la frase *Tanto monta* entre atributos de diversa interpretacion.

Es de notar la circunstancia particular de que el oro empleado en los dorados de estos departamentos y demás que por la índole de este artículo dejamos de mencionar, fué el primero que vino de América cuando regresó de su descubrimiento el inmortal Colon.

No queremos terminar esta reseña sin hacer mérito de la iglesia ó oratorio que se halla inmediato al patio de Santa Isabel ya descrito. El fronton anterior del santuario, restaurado en varias épocas, ofrece un desórden arquitectónico, mutilados los primorosos resaltes antiguos que embellecieron la portada, y de los cuales apenas restan vestigios destrozados, en medio de una multitud de escudos y atributos heráldicos. La primitiva iglesia, que fué tambien mezquita árabe en su tiempo, ocupa un recinto de 26 palmos de diámetro, sostenida su hermosa bóveda por arcos de figura apuntada apoyados en columnas de mármol blanco con basamentos y alternados de entrepaños caados de mosaicos y arabescos. La moderna iglesia se halla construida enfrente del salon régio ya bosquejado, y consta de un cuadrado de 86 palmos de diámetro con tres naves marcadas por grupos de pilastras dóricas sin zócalos ni basamentos, sobre cuyos capiteles corre una imposta ó arquivada, y sobre este se alzan varias bóvedas angulares y rectilíneas por medio de aristas y medias cañas en sus bucos, campeando en cada uno de los nueve vértices y en medio de florones dorados, el emblema heráldico que usa la corona de Aragon. Los demás particulares no ofrecen grandes primores artísticos, y forman un desórden irregular desnudo de interés en su fondo.

Este suntuoso palacio ó alcázar, llámese como quiera, empezó á construirse el año 864, siendo el primer arquitecto que trazó su planta el rey moro de Zaragoza Aben-Alfage, quien costeó su fábrica, destinándole para residencia suya y de los sucesores en el trono, que lo habitaron cerca de dos siglos y medio, hasta que don Alfonso el Batallador se apoderó de la ciudad, donándolo en 1109 al abad del Cister Berengario Crasente. No obstante, por una causa desconocida habitaron el alcázar los reyes cristianos hasta los tiempos de don Fernando el Católico, que lo destinó en 19 de noviembre de 1484 para el tribunal y oficinas de la Inquisicion. En 29 de diciembre del año 1705 fué desposeído el referido tribunal por orden de Felipe V, que lo fortificó y convirtió en alcázar ó fortaleza. A pesar de sus vicisitudes y deterioros, todavía encierra un tesoro de objetos preciosos para el arqueólogo y el escultor, que hallaría en él dignas creaciones que el genio pudiera copiar típicamente en la Alhambra. Fué restaurado en parte este alcázar con motivo de la visita que en 27 de julio de 1845 le hizo la reina doña Isabel II.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

LOS BIRMANES.

Esta nación solo se conoce en Europa hace unos ochenta años, asiático imperio que consiste en una península que separa el golfo de Bengala del mar de la China: tiene de estension aquel territorio 280 leguas de largo y 160 de ancho, con una poblacion que pasa de catorce millones de habitantes, distribuidos en 8,000 pueblos: quemaron la antigua capital Ava, y actualmente es *Umera-Poura*.

Poseen un gobierno despótico y puramente militar: puede llamarse con propiedad aquel un pueblo de soldados, pues además de no estar ninguno exento del servicio de las armas, miran dicha profesion como la primera y mas importante de todas.

Aquellos naturales en su figura y costumbres se asemejan á los chinos, así como en su traje, que no carece de gracia, consistiendo en una larga bata de seda rameada, cuello vuelto y mangas perdidas; se echan además sobre los hombros una capita de la misma tela, corta, ligera y flotante. Distinguese la diversidad de categorías entre las mujeres por el lujo mas ó menos ostensible de un pañuelito bordado primorosamente y con el que sujetan por debajo de la barba su peinado igual para todas, que se reduce á colocar todo el cabello en un monton sobre la parte superior de la cabeza; usan además sobre el vestido una

faldilla ajustada al cuerpo, blanca como la nieve, mientras que tienen el raro capricho de teñirse de brillante color encarnado la palma de las manos y las uñas.

Los hombres suelen ser de mediana estatura, pero ágiles y robustos, y las mujeres en lo general lindas y bien formadas, con muy profusas, largas y negras cabelleras. Las mujeres no estan allí encerradas á imitacion de las demás orientales; estan demasiado ocupadas en sus domésticas faenas para pensar en entregarse al libertinaje. Es una region fertilísima en todos los productos de la India: arroz, azúcar, coco, algodón, añil, etc. Hállanse además magníficos mármoles y riquísimas minas de zafiros y rubíes; allí poseen inmenso número de elefantes, tanto que suponen que por lujo sustenta en sus cuadras 6,000 el emperador.

Los birmanes aman la música y la poesia, y cuentan algunos poemas épicos religiosos muy célebres. Pero su libro mas curioso es sin duda el *Herma-Sastra*: es el código de las leyes, y encierra mucha moral: para que forme de él una idea el lector, terminaremos este artículo diminuto con la frase misma que da fin á la última página del *Herma-Sastra*. Dice así:

«Los principes y magistrados que se atrevan á hollar la prosperidad de los pueblos, dejando adormecer la justicia, favoreciendo al poderoso y oprimiendo al débil, patrocinando la intriga ó la adulacion, tengan entendido que hay para ellos reservada tan formidable venganza, que no es posible la conciba el entendimiento humano, ni que la describa ninguna lengua.»

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la poesia lírico-erótica de los provenzales.

ARTÍCULO QUINTO.

(Conclusion.)

Luego es decir que principia la una, la literatura provenzal, cuando la otra, la literatura árabe, toca al cabo de su primer periodo. ¿Dónde pues se hallan esos famosos trovadores provenzales, que como se ha dicho, toman el bordon del peregrino y el laud del poeta, y se encaminan á cantar sus amores á tierras estrañas, á *tierras de moros*? ¿Qué gestan acaso tan mal avenidos con el apacible bienestar, con la grata bienandanza que les proporcionan las prósperas circunstancias en que se halla á la sazón la tierra de Provenza? Mas no. Que en el siglo XI no existen en este pais mas trovadores que los juglares, un tanto mas distintos de aquellos de lo que vulgarmente se cree; ó lo que es lo mismo, esa raza especial de poetas populares que forman, ahora como entonces, una clase social como otra cualquiera, y que, hijos predilectos del pueblo, de eso que llamamos vulgo, amantes del suelo pátrio y fijos en él, estan destinados á cantar sus glorias y desgracias.

Y estos poetas populares, estos patrióticos cantores, á la verdad que son como aquellos sencillos pastores de quienes nos dice el ingenioso Gressé que no conocen mas tierras que las que abarca el cercano horizonte.

*Hureux qui se nourrit du lait de ses brebis;
Et qui de leur toison voit filer ses habits;
Qui ne voit d'autre mer que la Merne et la Seine
Et croit que tout finit ou finit son domaine.*

Expuesto ya suficientemente cómo la literatura árabe-española en el primer periodo de su existencia, que es su siglo de oro, pues el segundo no es mas que un vago y pálido reflejo del primero, no tiene ni puede tener relaciones de ningún género con la literatura provenzal por medio de las que trasmite á esta su supuesta influencia, pasemos ahora á examinar si en el segundo periodo de aquella literatura se manifiesta algun síntoma, siquiera sea insignificante, de las relaciones que dicen los críticos existir entre ambas.

Hemos dicho que el segundo periodo de la literatura árabe-española, calificado por nosotros de periodo árabe-granadino, comienza por los años de 1246 con la fundacion del reino de Granada por Mohamed I Alhamar. Mas ¿qué se pasa entre los árabes de España en el intervalo que media entre esta época y la que ya hemos citado de 1002, en que muere el valiente sostenedor del califato cordobés, el esclarecido ministro de Hixem III? Durante estos tres siglos de intermedio, los siglos XI, XII y XIII, que son los siglos literarios de Provenza, ¿corren acaso por el suelo de Andalucía tiempos mas bonancibles para los trovadores de este pais? Y dado caso que corrieran pacíficos y venturosos esos tiempos, que el suponerlo sería una deplorable aberracion de la critica histórica, ¿hallamos por ventura en los infinitos y por decirlo así homeopáticos estados que se forman de las

fecundas ruinas del imperio cordobés en el borrascoso trascurso del siglo XI, las mismas condiciones científicas, literarias y artísticas que reconocemos en los gloriosos días de la dinastía de los Beni-Ome-yas, y cuyo resultado, como veremos, es tan fecundo para las letras arábigas? Que tales condiciones no se hallan, no hay para convenirse de ello mas que dirigir una rápida y como distraída mirada—pues de tal modo se resaltan—sobre los acontecimientos que han lugar en el suelo español en este siglo y aun en el siguiente.

Dice Montesquieu en su docto libro *El espíritu de las leyes*, por desgracia poco conocido de los políticos españoles, que á los pueblos situados bajo zonas calientes no les es posible, y nótese bien esto, otra clase de gobierno que el absoluto; y cita entre esos pueblos á guisa de ejemplo á los turcos y á los españoles. La comparación aparecerá quizás inexacta; pero nada de eso, no lo es. En el termómetro de la civilización europea, nos hallamos á igual grado; es decir á cero. Y se funda el sábio filósofo del siglo XVIII en que para contener bajo una misma dominación y dentro de los límites del respeto á la autoridad, que es un principio abstracto, á pueblos en quienes el sentimiento individual y exclusivo y una imaginación inculta y caprichosa se sobrepone á la razón colectiva, se necesita un poder fuerte y robusto, único y permanente. Así es que en todas las naciones orientales son los poderes únicos y absolutos. Existen además de esta razón que apunta el filósofo francés sinnúmero de razones, unas políticas, otras sociales, y entre las que es no poco importante la que ahora se nos ocurre.

En esos pueblos meridionales de que hablamos, es decir, en esos pueblos de naturaleza fogosa, que viven en un suelo de exuberante fecundidad y bajo un sol continuo y abrasador, ejercen tal poder sobre los individuos las influencias topográficas, que su actividad moral al desarrollarse temprana y precipitadamente, adquiere como todo lo que se desarrolla bajo tales condiciones, un carácter incierto, indeterminado é irregular á la par que inquieto y vacilante. Irregularidad, inquietud y vacilación que los hacen bullir y agitarse perpetuamente en un círculo de pequeñas y estraviadas ideas y desperdiciar su aparente fecundidad en caprichosas veleidades. Y para recoger en una todas esas actitudes individuales, infinitas y estralimitadas, y como sucede en nuestro bienaventurado país, destempladas y aviesas, se necesita una mano fuerte, poderosa, férrea. Tal lo comprendieron siempre los legisladores orientales; tal lo comprendió también Mahoma, y tal también debiéramos nosotros los españoles comprenderlo, si fuésemos nosotros capaces de comprender las cosas grandes y elevadas.

Estas reflexiones son la clave de lo que vamos á decir. Ellas nos explican satisfactoria y cumplidamente, mas que todos los hechos históricos que pudiéramos citar, cómo debilitado el poder absoluto entre los árabes españoles en manos de califas imbéciles, se sobrepusieron rápidamente á la suya todas las demás voluntades subalternas, cuyo escalafón en este imperio se extendió desde el primer *hagib* del monarca hasta el último *cadí* de provincia. Y descomposiéronse y trastornáronse todas las ruedas de aquella bien combinada máquina social, y vuélvese en todo el trascurso del siglo XI todo lo que en el vasto imperio musulmánico había *merienda de negros*, como suele decirse.

Quien recordar pueda lo que pasa en los últimos años del imperio oriental de Constantinopla; el embrutecimiento y estupidez de los emperadores; las intrigas tenebrosas de las camarillas; el subir y bajar de los poderes públicos; la salvaje tiranía de los que mandan y la ambición impaciente de los que obedecen; las envidias y odios personales antepuestos en la corte y en las provincias á los intereses del imperio; los crímenes, las traiciones, los perjuros pervirtiéndolo y corrompiéndolo todo; la lucha en fin de mil distintas y opuestas facciones, alzándose por doquier y sosteniendo entre sí por un andrango de poder guerra incesante, tenaz, encarnizada; y todas cuantas señales de vértigo y alienación mental da un pueblo que trabajado de una enfermedad interna consume y revuelve en los horribles trances de la agonía los últimos días de su existencia; quien todo esto recuerde, tendrá una idea de lo que pasa en los últimos días del imperio musulmánico español. El espacio que media entre la muerte de Almanzor en 1002 y la del Carlos II de aquel imperio que tantos tenía en la presente época, es el gran drama social que comienza en esta época y concluye en 1086 con la venida de otro nuevo Abd-el-Rhman, del guerrero Yussuf ben Tachfin, fundador de la dinastía almohade fuera y dentro del suelo español.

Este terrible drama social en que todo es crimen menos lo que debe serlo, ya hemos dicho que es el que se verifica en todos los pueblos colocados en iguales circunstancias. Mas nosotros preguntamos ahora: ¿es este pavoroso drama que conmueve los mas hondos cimientos del imperio musulmánico español, y cuyo resultado inmediato es el de provocar su disolución instantánea y su conversión en mil y mil pequeños estados de distintas formas y denominaciones políticas que

viven en perpétua y sangrienta pugna entre sí; estados en donde la seguridad individual está tan mal parada; en que los ánimos agitados por los terribles episodios que se suceden rápidos y violentos, se hallan poco dispuestos al tranquilo y benéfico cultivo de las letras; es este drama, de suyo sombrío y aterrador, de tal naturaleza que arranque de sus risueños hogares á los trovadores de Provenza para llevarlos á un suelo extraño, ya á tomar parte en él como actores, ya á contemplar, impasibles espectadores, sus diversas peripecias? No á buen seguro. ¿Qué espectáculo ofrece al historiador el borrascoso suelo de Andalucía, adonde se supone vienen pacíficamente á trovar los poetas de Provenza en los siglos XI, XII y XIII? El espectáculo imponente de un vasto campo militar en que tienen fijas sus tiendas de campaña mil tribus, mil familias distintas, mil pueblos de una misma raza, que pelean entre sí por recoger en uno solo y á manera de licito botín los multiplicados restos de un vasto imperio. Contiende prolongada y tenaz en la cual, para colmo de ventura ó de desgracia, toman parte á veces muy activa los caudillos castellanos, y que lejos de apagar el fuego, le hace tomar nuevo incremento.

Mas nosotros suponemos que en la multitud de cortes de los pequeños y como hemos dicho homeopáticos estados á que dá márgen la disolución del poderoso imperio cordobés; en esas cortes de singular aparición que matizan flores de un día las diversas partes del suelo español; las cortes de Córdoba, Toledo, Badajoz, Zaragoza, Almería, Valencia, Málaga, Granada, Sevilla, etc.; nosotros suponemos que reina en ellas suma paz; que su existencia no va poco á poco apagándose á compás de borrascosos vientos que soplan entre los años 1051 y 1086, sino que se desliza serena, venturosa y fecunda en todo linaje de bienes y prosperidades; ¿se deducirá de esto que vienen á cantar á Andalucía los trovadores de Provenza cuando se forma su literatura en este mismo siglo XI? Si alguna corte arábiga visitan los trovadores, no puede ser seguramente otra que la de Zaragoza, por causas que se comprenden fácilmente, consideradas las relaciones mas ó menos estrechas que pueden mediar entre los reyes moros de aquende y los condes cristianos de allende los Pirineos: relaciones en extremo efímeras y circunstanciales, que cesan tan pronto como á principios del siglo XII—1118—se apoderan los reyes del naciente reino de Aragón de la *invicta* ciudad poseída por los hijos del Profeta.

Calcúlese ahora el espacio que media entre los años de 1051 y 1118, época del nacimiento y muerte de estos pequeños estados arábigos-aragoneses: calcúlese que esta época se pasa toda ella en la refnida contienda que sostienen entre sí los reyezuelos árabes de Huesca, Zaragoza y Tudela con los de Aragón, Castilla, Navarra, condes de Barcelona, y da fin á los estados musulmanes; calcúlese bien todo esto, y se verá cuán poco oportuna era la ocasión para favorecer el comercio literario internacional entre los pueblos de que hablamos.

Por lo demás, nosotros no nos atreveríamos á negar la venida á las cortes de los árabes españoles de la parte septentrional de la península á alguno que otro descarriado poeta provenzal. Esto, ni nada de extraño tiene, ni es suficiente para constituir esa serie de condiciones de todo género que se necesitan para que un pueblo influya sobre otro de tal ó cual determinada manera. Un hecho solo aislado no hace regla ni compone papel alguno, segun el dicho vulgar, en la historia política ó literaria de un pueblo. A algo mas que á relaciones aisladas y circunstanciales debe la culta Grecia su influencia científica y literaria sobre la tosca ciudad de las siete colinas. A algo mas que á mutuas y amistosas escursiones poéticas debe la literatura provenzal su indisputable influencia sobre la italiana.

Si por punto general podemos decir que muy poco ha influido la literatura arábiga en la española, sin embargo de que pisaron los hijos del desierto el suelo ibérico durante ocho siglos no interrumpidos; si podemos afirmar que esta escasa influencia literaria se circunscribe únicamente á los romances populares y no pasa de ahí, ¿con qué motivo pretendemos afirmar que al verse rechazada por un pueblo, se acoge humilde á otro y le demanda triste hospitalidad? ¿No sube por ventura de punto esta nuestra observación al considerar que lejos de influir el trovador que abandona sus pacíficos hogares por otros que no lo son tanto, deponé al penetrar en su nueva mansión la vestidura de viaje para tomar las insignias del señor hospitalario que le recibe? El trovador Gavalán el viejo, al cobijarse bajo el techo protector del palacio del rey Alfonso VIII de Castilla, no es ya ese trovador de Provenza, irreligioso, inmoral, escéptico, que vive cual los ímpios de la Escritura Santa coronado de rosas y embriagado de placer esperando el sueño de la nada; no es ese trovador satírico, desdeñoso, procaz, que nada teme, que nada respeta, y que lo pasa todo, lo divino como lo profano, por el sucio tamiz de una crítica burlesca é impía. No: es un trovador digno, respetuoso, creyente, lleno de fé y entusiasmo por la causa de la libertad y de la religión de los castellanos. Si empuña la lira, no es ya para maldecir de las cruzadas que dejan desiertas las campiñas, solas las doncellas, sin amores los castillos, como dicen los trovadores de Provenza, sino para

alentar á la cruzada española que al mando de Alfonso VIII da tan rudo golpe al poder musulmán en las cumbres de las Navas de Tolosa. Y su fé cristiana es tal, y tal el entusiasmo divino que le posee, que dejando á su estro poético tomar rauda vuelo, penetra en la nebulosa esfera del porvenir, le arranca sus secretos, y canta con profética voz el triunfo futuro de la Cruz del Redentor sobre la media luna del Profeta.

Mas no olvidemos que nos hallamos ahora, no en el siglo XI, sino á principios del XIII, en 1212. De aquí en adelante, veremos de vez en cuando en las cortes de Castilla, y principalmente en la del sábio rey Alfonso X, á alguno que otro poeta provenzal que arrebatado á sus hogares por la fuerza de circunstancias enemigas, por la cruzada contra los albigenses, pide al suelo castellano honrosa hospitalidad. Ya hemos dicho cómo no se muestra ingrato el trovador provenzal, pagando sus favores con nuevas injurias á los sentimientos religiosos de la patria que le recibe en su seno.

En el próximo artículo continuaremos el exámen histórico-crítico de las relaciones que se suponen existir entre los árabes españoles y los poetas provenzales, partiendo del siglo XII.

ANTONIO DE AQUINO.

LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. VENTURA GARCIA ESCOBAR.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO XII.

EL HÁBITO NO HACE AL MONJE.

—¿Todos amigos? preguntó con acento firme, luego que se halló en medio de los misteriosos personajes.

Las capuchas todas cayeron á la vez, dejando á la luz rostros marciales y animados.

Esta fué la respuesta al apóstrofe del nuevo interlocutor. Pasó una mirada en torno, y al punto volvió á decir:

—¿Y D. Pedro Giron?...

Ninguna boca se abrió para contestar. El anciano comprendió la fuerza de este silencio.

—Bien está, fué su única espresion de asombro y de disgusto.

—Señores, prorumpió el abad, principiemos la obra de los buenos. Cada cual ocupó á esta llamada un espacioso y filigranado sillón.

Tenia pues aquella asamblea un aspecto algo pavoroso é inescrutable.

La celda estensa y alumbrada por una luz de triste, melancólico é ndeciso fulgor, la severa tapicería pendiente de sus paredes, y cuyas enérgicas figuras parecían tomar movimiento á las oscilaciones del opaco resplandor; aquella cuadrangular hilera de hombres, pensativos unos, fieros otros, vivaces y sombríos alternativamente, y todos mostrando por entre los mal prendidos hábitos los robustos gavilanes de sendas espadas, el filigranado pomo del cuchillo, ó alguno que otro escamado guantelete; aquel contraste, en fin, de tal aparato de muerte con las vestimentas del sacerdocio y con la morada de la religion, circunstanciado con los accidentes de la noche, del peligro misterioso, y de la hora desusada y clandestina... todo esto, decimos, contemplado á la luz de fatídicos presentimientos, contribuía para formar un cuadro sombrío y siniestro, de impresion grave y trágico quizas.

—Amigos, prorumpió Padilla entre una muda espectacion, es llegado el punto de mostraros dignos de nuestros abuelos, y de salvar nuevamente en los campos de batalla la salud de nuestro país. Gastado se há la razon en vano con los hombres. Resta solamente apelar á la justicia de Dios. Oíd y juzgad.

Cada uno sabeis, y todos sentís, las grandes, las nobles y justísimas causas que nos obligaron á volver por la libertad, por el honor y por la pró de nuestra patria. Conoceis la historia puntual del nuevo reinado; sabeis el desafuero de Valladolid, los atentados de Compostela, el abuso de todos los días. Habeis visto la noble advertencia de Toledo, la energía respetuosa de Castilla, la tolerancia leal del reino. A la representación justa, á la voz mesurada del estamento se ha respondido lanzando de la tierra á los procuradores; á la legítima reivindicación de sus franquías por las ciudades se ha contestado con la picota y la cuchilla; á las protestas de Laso con los asesinatos de Ronquillo, con el martirio de Medina; y en fin, á las leyes, á la nobleza y á la lealtad de España con el desprecio, con el ultraje, con la violación de lo divino y lo humano.

Un rugido sordo y prolongado discurrió rápidamente por los ámbitos de la sala: animados ardian los rostros; habia miradas de arrebatadora lumbre.

La enérgica elocuencia del tribuno obraba galvánicamente sobre su auditorio.

—Privados de nuestras franquías hereditarias, postergados por extranjeros estúpidos, villanos y dilapidadores; vendidos por una corte corrompida é hipócrita, y maltratados por un príncipe que no ha respirado el aire de nuestras montañas, que no se ha sentado en nuestros hogares, ni conoce, ni ama nuestro carácter y seculares usos... pudimos haberle negado la obediencia, pudimos deponerle de un trono, legítimo y bien habido solo por el voto comun y mientras se respetan las condiciones de la república; fuero perenne, atributo propio de España reivindicado con su sangre y consagrado en sus leyes.

Pero no queríamos ir hasta la estremidad. ¡Necios de nosotros!... La moderación se tuvo á debilidad; el respeto por falta de justicia; la lealtad... dirélo al fin... por cobardía. ¡Cobardes, pardiez, los nietos de Viriato y de Ruiz Díaz!!! los conquistadores de Granada!... los héroes del Nuevo Mundo!!! Las reclamaciones fueron desdenadas, los consejos perdidos, los tratos de concordia y buen deseo temas de escarnio. Esto era de sobra!... y sin embargo quisimos llegar al ausente y desalumbado emperador. La voz de España ha sonado en Flandes... Allí nos debían la última lección... y la hemos recibido. Estamos declarados fuera de la ley!...

Sañudo trueno de ira y de dolor siguió á este final terrible. Apóstrofes violentos, amenazas desoladoras, rugidos de cólera, ademanes fieros cruzábanse, hervían y se chocaban confusos, rápidos y ardientes como las encontradas olas del mar embravecido.

Sosegada un tanto la turbacion de aquellos espíritus, Fr. Pablo levantó su voz sonora y grave con sencillo y majestuoso ademan.

—Desgraciadamente, amigos y hermanos, mi voz, que debía ser mensajera de paz y de alegría, tiene que hablaros en la amargura del alma. Peregrino por la pública salvación, crucé los caminos, y llegué al alcázar del poderoso. Allí hice sonar mi acento, arranqué el velo á los ímpios, y lloré por la suerte de mi pueblo. Pero Dios en sus altas providencias ha cerrado sus oídos, ha cegado sus ojos y ensordecido su corazón. En aquella nueva Samaria reinan solo la vanidad, la soberbia, la parte flaca y misera de la humanidad. A la luz de la verdad se oponen las tinieblas del mal espíritu; á los consejos del Evangelio las inspiraciones de los fariseos; á la ley de Dios el antojo del hombre. En vano fuera decirles la palabra del Redentor, que vino á romper las cadenas de los siervos, á destruir el imperio de la fuerza, á emancipar el género humano y establecer el reinado de la justicia, del amor y de la fraternidad en las criaturas. En vano, sí. Porque suplantando la mente de Dios, ultrajando su obra, y abusando de su palabra, pretenden hacer del hermano un esclavo, de la humanidad un patrimonio de los fuertes, y del sacerdocio de mansedumbre y de caridad un ministerio de opresión y de sangre. Y estos falsos apóstoles han herido nuestra cabeza y llenado de lodo nuestra vestidura; y á imitación de los antiguos galileos han querido para nosotros una nueva y sangrienta cruz!

No pudo el anciano continuar, dominado por su profundo fervor. Sucedióle al punto en la palabra el impetuoso Sanchez Zimbron, procurador de Ávila, y su compañero de viaje y aventura.

—¡Por la sangre de cien tudescos!... exclamó impetuosamente, abriendo su calorosa peroración con ruda bazarra, y sin dársele grande cosa por las monásticas consideraciones.—El César no tiene de español mas que el apellido de su desgraciada madre!... Allí hemos sido recibidos, nosotros los personeros de Castilla, los enviados del reino, como enemigos de la majestad, como desapoderados y peligrosos aventureros, como gente dañada y pestilencial. Allí teneis á Vaquez de Ávila, cuyo aposentamiento fué una fortaleza, y cuyo intérprete fué un verdugo. Y merced á nuestra diligencia él salió ileso; y el padre Fr. Pablo y yo nos vimos á salvo de injurias traidoras, de riesgos y mortales casos por parte de aquella turba desenfrenada y homicida.

Los capítulos acordados por la Santa Junta en Tordesillas, y que nos fueron entregados para el rey, han sido quemados por mano del verdugo en la plaza de Alemania, y aventadas sus cenizas.

Esta es, dijeron, la única respuesta para la traición y sus fautores. Ni tregua con ellos, ni para ellos perdon. Pero, ¿cómo ha de ser otra cosa? Allí, allí está el concusionario Jeures, el alma insaciable del águila cesárea; allí el ponzoñoso Gatinara, el comerciante de la factoría imperial; allí el siervo tonsurado, el aventado Guillermo de Crois, que trafica sobre la mitra primada en trueque su conciencia y de sus sagradas órdenes; allí, en fin, esa bandada de buitres que han hecho de España un cadáver despedazado y exangüe!... Don Carlos circuido de amigos falsos, que anteponen su provecho á la gloria del príncipe; descarriado por consejos inicuos, y viciado en una atmósfera corrompida y engañosa, no oye ni ve, no piensa ni juzga sino por los ojos y oídos de sus cortesanos, que quieren identificar con sus

crímenes la corona del César. Y lo conseguirán. Mal' he dicho. Y lo han conseguido ya. El joven rey cree que cuando los pueblos se alzan contra las iniquidades de sus privados, van contra su nombre y sucesión; que los clamores que le demandan justicia y desagravio son ecos de rebeldía y de culpa; que los pechos hidalgos que quieren la libertad común, rechazan el trono y la dinastía... ¡Error enorme que ha de costar tanto de lágrimas y sangre al pueblo como al rey!...

En fin, la guerra es el resultado de nuestra misión. Nosotros llevamos palabras de concordia, y hemos oído acentos de maldición; presentamos la oliva, y se nos opuso la espada; invocamos el nombre de Dios y del pueblo, y se respondió con el del rey y el del verdugo; nosotros, si, llevamos, pedimos y deseamos la libertad, la justicia y la paz, y traemos la servidumbre, la tiranía, la guerra. ¡Que la sangre recaiga sobre ellos... y sobre su obra de perdición!...

—¡Guerra y libertad!... gritaron á la vez con acento terrible los jefes de la comunidad, levantándose de sus asientos en actitud vehemente al impulso de aquella sañuda imprecación.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!... suspiró Fr. Pablo, sumergiéndose su venerable frente en la cavidad de sus manos, y reclinándose sobre la mesa con visible muestra de resignación doliente y abatida.

—¡La guerra! continuó el conde de Uruña; y en nombre de quién temblará nuestro pendón?

—Por Castilla y la reina, contestó Padilla con ímpetu.

—Entonces, prorumpió el conde, gritemos: ¡Santiago y libertad!

Un murmullo de contento acogió este significativo arranque, y hubiérase convertido en ruidosa aclamación, á no ser por el sitio y las circunstancias.

—En buen hora, interrumpió Avalos; el pueblo acepta el nombre y la alianza de la reina, y le ha dado por fianza su sangre y fortuna. ¿Qué prenda pues ofrece el trono al pueblo en arras de su fe?

—La mano de la infanta de Castilla, que ha elegido por esposo al jefe de la comunidad, á D. Pedro Giron.

Esta contestación severa y concisa del conde llenó los corazones de plácida sorpresa: hubo un instante de emoción silenciosa; pero en seguida las muestras de júbilo se tradujeron en las fisonomías, en los movimientos, en las palabras de aquellos generosos y arriscados hombres, que jugaban allí su cabeza por el procomunal, con tanta firmeza y discreción como si se tratase de un torneo ó de una batida de venados.

—¡Santiago y libertad!... repitieron á coro aquellos bizarros y nobles castellanos.

Cumple ahora ocuparnos en cuanto atañe á las operaciones de la guerra. Por mi parte espondría brevemente mi plan. Yo lo aventuraria todo en un día al trance de una batalla. El éxito no es dudoso. Una victoria segura daría fin al punto á tantas contiendas y disturbios.

—¡Si, si! exclamaron los mas jóvenes y ardientes de la asamblea.

—Cortemos de un golpe la cabeza del monstruo, y apliquemos el fuego para que no renazca de su propia sangre.

Padilla entonces, haciéndose auditorio con ademan digno de un príncipe:

—No asiento, dijo, á la opinion de vuestros esforzados pechos. Nada de batalla, nada de azar. En una causa tan grave como la que tomamos á nuestro cargo, no deben los hombres experimentados dejar nada á la ventura ni á las incalculables contingencias de la suerte. Un error, una vicisitud cualquiera pueden hacer rodar muchas cabezas; y es preciso que no hagamos nuestra tan tremenda responsabilidad. La prudencia fué siempre la cualidad privilegiada de los grandes capitanes. Y en las contiendas civiles se hace mucho, infinitamente mas necesaria... y acaso ninguna es bastante. Además, cuando no el arte y la razon de gobierno, las circunstancias del momento nos aconsejarían otro tanto. Ya no son únicamente Toledo y Segovia; no es ya Castilla tan solo quien hace frente á la tiranía. Otras ciudades y fortalezas, mas reinos y merindades de España tremolan hoy el estandarte de los buenos; y pronto, muy pronto no le quedará al emperador una aldea ni un concejo en obediencia, en monte ni en tierra llana. ¿A qué pues arriesgar con la precipitación lo que el tiempo nos dará sin peligro ni víctimas, con solo saber esperar?... La semilla está arrojada, la tierra es fecunda, el fruto vendrá en su sazón. Aun cuando solo fuera por evitar la efusión de sangre española, sin mas que por economizar las vidas de los buenos hijos de Castilla, debemos esperar con el acero en la vaina que el tiempo y la justicia de Dios y la razon de los pueblos concluyan la obra empezada por nosotros, y que en breve será la de toda la monarquía.

Algunos rumores ténnos acogieron al joven; pero sus palabras graves y dotadas de cierta superioridad severa hicieron notable impresion en la asamblea.

—¿Y qué quereis, replicó el conde con ardor mal reprimido, que nos estemos mano sobre mano, hasta que todo se haga por su propia virtud?...

—¡Soberbio entretenimiento, decia despues Hernando con una voz de estertor, mientras que los flamencos no pierden carta, y se disponen á una jugada infernal!...

—No he concluido, amigos míos, insistió el tribuno toledano con mas calma y dignidad de las que tan rudas contrariedades pudieran hacer esperar de sus ardientes mocedades; no he concluido aun. Tan lejos está de mis pensamientos esa idea de inacción, que quisiera con toda el alma que la vecina fortaleza de *Fuentempudia*, mal usurpada al bizarro conde de Salvatierra por ese menguado de D. Francés, viese ondear en su torre, de aquí á dos dias, el morado tafetan de los tercios de Simancas y de Valladolid.

Un rayo de gozo iluminó aquella misteriosa escena.

—Quisiera que el castillo de Torrelabaton, acuartelamiento realista de primera entidad y punto de grandes consideraciones militares, fuese mi primer trofeo y la primera victoria de las armas castellanas, el bautismo de sangre, en fin, para los soldados de la comunidad.

Quisiera pues que D. Pedro Giron, en tanto que yo obraba sobre Torres, cayese como una tormenta irresistible sobre la corte del almirante, sobre ese conciliábulo de ambiciosos y traidores guarecido tras de las cercas de Medina de Rioseco, y arrancase á los menguados imperiales su centro de acción, su templo de idolatría, la corte del almirante, en fin.

Quisiera, si, estar siempre ganando terreno, y siempre con la bandera en alto y siempre con la espada en cruz... pero una batalla para lo último, cuando no queda mas que acudir al brazo de Dios.

Subyugada la asamblea por el acento ardiente y profundo del tribuno, hubiese allí dado término el encuentro de las opiniones, si el incontrastable señor de Uruña no hubiese salido aun por la tangente con decidido arranque.

—Estamos en cuestion, repuso, hasta que Dios venga á juzgar vivos y muertos: pero serán palabras al viento. Ni vos ni yo, señor de Padilla, somos bastantes para resolver el negocio. D. Pedro Giron es el caudillo de la comunidad. A él le toca el gobierno de la guerra.

Padilla recibió con noble ánimo esta picante repulsa.

—¿Y dónde está nuestro D. Pedro Giron?... saltó á este tiempo con cierto retintín uno de los circunstantes.

—¿Por qué no se halla con nosotros?... repitió uno de los oficiales de Padilla animado por la interpelación precedente.

No sabemos donde hubiera ido este peligroso diálogo con un hombre tan rudo y vehemente como el conde de Uruña, si cuando este se disponia á lanzar sobre los del apóstrofe un ex-abrupto, Padilla no se hubiese anticipado á contestarles con benévola firmeza:

—Dice bien el conde. D. Pedro es la cabeza; nosotros somos la mano. Donde quiera que se halle, estará en servicio de la comunidad. El conde será mañana con él; y haciéndole patentes nuestros votos, resolverá lo mas conveniente á la buena causa. Velemos en tanto cada uno por todos y todos por cada cual. Preparémonos pues á la guerra como medio de conseguir la paz. Y todos á la voz del peligro levantémonos como un gigante, para dar razon cumplida de nosotros mismos.

—Será así pues, repuso el de Uruña, disipada ya de su frente la tempestad por la elocuente prevision de Padilla. Yo iré mañana á mi sobrino D. Pedro, y cerca de él cumpliré con la reina, con la junta y con la procomún. El por sí hará como quien es.

—En suma, volvió á esponder Padilla á los circunstantes, hemos oído á los enviados de la junta: está arrojado el guante.

—Está sellada la alianza entre el trono y el pueblo con una prenda inviolable y sagrada, le interrumpió el conde.

—¿Que resta pues?... prosiguió el abad, saliendo de su silenciosa abstracción. Todos callaron en misteriosa expectativa. El monje concluyó: falta poner al cielo por testigo de nuestro juramento, y demandar gracia para los vencidos.

Un instante despues desfilaban paulatinamente los actores de aquella escena por los pasadizos del monasterio; y notábase que uno ó dos cuidaban de deslizar al oído de varios estas ó semejantes palabras:

«D. Pedro Giron ha faltado á la primera ocasion... ¡Diablo!!!»

CAPÍTULO XIII.

FLOR DEL MAR.

Pero D. Pedro Giron no era hombre dado á perder el tiempo. Y mientras sus amigos así se arrojaban contra la tiranía flamenca, el ausente caudillo creia labrar con los hilos de una aventura romancesca la red de perdición para la causa imperial. De otro modo, nadie hubiera tenido que preguntar por él. En esta noche suprema se jugaban en doble suerte la servidumbre y la libertad de Castilla. Allí se juraba su salvacion sobre las aras de la guerra; aquí en los brazos del amor.

Porque nos hallamos en el santuario de Castillo-viejo, á media hora

del cuartel real. Se oyen á lo lejos entre la fría calma de la noche los ecos dilatados é indecisos de los vigías y atalayeros del confin. Fuera de eso, silencio y soledad. La noche avanza en sus negras y melancólicas horas.

Media, poco mas ó menos, habrá que por la vía de Tordehumos llegaron á la portería dos ginetes con los caballos cubiertos de lodo y de sudor. Apenas resonaron los últimos compases de su agitado galope en el átrio de la fuente, abrióse cierta celosía, que, guarnecida con férrea verja, registra desde una de las alas del edificio la limitada placeta. Un rayo luminoso se escapó de aquel foco, entre el cual se dibujaba la silueta de una mujer. Uno de los recién llegados arrimó su potro impetuosamente á la caída de la ventana, y murmuró en voz sorda:—*Flor del mar*.

La sombra desapareció; las celosías se cerraron, y todo volvió á quedar en tinieblas.

Nuestros viajeros echaron pié á tierra bajo el peristilo lateral del santuario, al tiempo que la puerta se abría de par en par, dejándoles ancho y espedito paso.

Halláronse en un patio cuadrilongo, cuyas paredes tapizan grandes higueras y enmarañados sarmientos. En el fondo se estiende un soporal, á cuyo extremo izquierdo se distingue la mezquina escalera para las habitaciones de aquella rural hospedería, medianamente alumbrada por empañado farol.

Un anciano escudero recibe, birrete en mano, á los nocturnos huéspedes, y un palafrenero toma sus jadeantes corredores.

Pero el mas gentil y resuelto de aquellos, sin esperar los buenos oficios del vetusto servidor, enderezó sus pasos á la gradería, haciendo resonar en el desigual empedrado sus arrogantes pisadas. Apenas ha subido el primer tramo y gira á la izquierda, para tomar el siguiente, cuando aparece á sus ojos hermosísima dama, que desde el descansillo superior le tiende la mano y deja traslucir en su rostro tierna y vehemente emoción. El caballero queda un momento absorto. Más reponiéndose al punto mismo, ase con ardiente afán la diestra cariñosa, y cae en brazos de la conmovida beldad.

Ha transcurrido, como decíamos, media hora próximamente. Y en un camarín mantienen íntima y animada plática los bien adivinados actores de aquella súbita y misteriosa reconciliación, sentados en espacioso diván.

—Pero decidme, doña Ana, ¿por qué me habeis hecho tan infeliz?...

—¡Ah!... si supiérais, don Pedro, las lágrimas que he vertido por vos!...

—¿Dudar de mí, ingrata!... ¡abandonarme!...

—No hablemos de eso mas. Harto desventurados fuimos... dejemos cicatrizada la herida, y no renovemos el dolor. Hablemos del presente, del porvenir... de ese porvenir encantado en donde nos espera una existencia de mágica felicidad.

—Decis bien, condesa. Afuera para siempre remembranzas desoladas! Hora es de amor y de ventura. Ven, flor del mar, ven!... dime palabras dulcísimas, de aquellas que enloquecen y embriagan de ilusión. Háblame bajo... mas bajo... para que ni el viento me robe un aliento de tu labio. Yo quiero escuchar el suspiro articulado de tu alma, las armonías inefables de tu amorosa inspiración.

Y D. Pedro reclinaba su abrasada frente sobre las palmas ebúrneas de la hermosa, subyugado por la explosión de su trasporte.

—Ay!... exclamó la bien amada, no sé qué siento en mí!... Há tanto tiempo que mi corazón estaba triste, que la dicha casi no cabe en él. Es un ciego volviendo á la luz.

—Yo, yo soy el naufrago que sale del mar, el enfermo que vuelve á la vida, el réprobo que torna á su perdido Eden.

Y los amantes, engolfados en estos y otros tan sabrosos diálogos, interpolados con apacibles, si bien mesuradas caricias, entretuvieron razonable período de la vejez. Y aun allí les sorprendiera la última vigilia, si la condesa no diese otro rumbo al enamorado arrobamiento. Las mujeres pierden la brújula de todo punto muy rara vez. Y la dama presente conservaba por lo comun bastante dominio sobre sí y sobre la situación, para dejarse llevar por otro aire que no fuera el de su albedrío y vigilante criterio.

—¡Oh!... exclamó inesperadamente, aprovechando un prolapsus de su apasionado éxtasis, ¡cuán rápido vuela el tiempo en alas del bien!!! ¡Ya las nueve!!!

—Deja, prenda querida, repone su arrebatado caballero, deja volar las horas, y pensemos solamente en hacer de cada minuto un siglo de solaz y bienandanza.

—¡Bien hacían los antiguos en pintar ciego al amor!... Mi don Pedro es una copia feliz de aquel espresivo modelo.

—Ciego, si, ciego de cuerpo y de ánima, deslumbrado y atónito por los rayos clarísimos del sol de tu hermosura.

—Y ciego y disipado porque se olvida de él y de mí.

—¡Ángel de mis ilusiones!...

—Mira...

—¿Qué?...

—Segunda vez va dando vuelta la arena de ese cristalino reloj. Es preciso separarnos, y hay cosas que nos importan por decir aun.

—¿Me amas, no es cierto?...

—Como en la aurora de nuestra juventud.

—No quiero saber mas.

—Bien: si mi noble caballero no lleva sus amorosos pensamientos mas allá de esta apresurada confianza...

—Es verdad!... te comprendo... perdona mi alucinamiento.

—Hablemos pues, como el caso lo demanda... y dejemos descansar un tanto el corazón.

—No hay sacrificio que me sea imposible... todo por tí y para tí.

—Tuya, D. Pedro, á vida y muerte!

—¡Mia!... ¡Delicia inmortal!... Pero ¿y ese enlace, doña Ana, ese nudo de abominación y desventura?...

—¿Nada te dice de eso el instinto de amante feliz?...

—Me dice... ¡qué sé yo!... lo que no me atrevo á decir. Si él no fuera quien es!...

—Por Dios, mi D. Pedro!... Nada de furia ni desafuero. Quizás nos perdiéramos... y es segura la salvación.

—No temas... mi espada poderosa no se cruzará con la de un adversario vencido por la edad y el remordimiento. ¡Pardiez!... si fuera un hombre animoso... si pudiera oponerme un pecho duro y un brazo varonil!...

—Bien vengado te tienen mi desamor... y sus pesares.

—Pero te llama suya... y tiene sobre sus esposas...

—¿Los derechos de la ley?...

—Eso basta para no perdonarle jamás.

—Yo me comprometo á obtener gracia de tí.

Y doña Ana reclinándose suavemente en el hombro del agitado magnate, murmuró á su oído dos palabras de confianza dulcísima. Un ligero carmin iluminó su tersa mejilla, que escondió entre la rizada valona del amante. Este prorumpió en un grito exhalado de lo íntimo del alma, uno de esos acentos sublimes de cordial expansión, que vibran espontáneamente las cuerdas mas delicadas y recónditas del sentimiento, y que no se formulan en palabras, porque carece la lengua de sonidos, y de idioma la humanidad, para revelar su misterioso diapason, y traducir sus inefables armonías.

—El claustro para él, continúa D. Pedro, el tálamo para los dos.

Y estrechó blandamente sobre su seno á la bellísima prometida.

—Pero la guerra, y la muerte quizás, le repone con tristeza, se interponen entre nosotros y la felicidad...

—Yo venceré; y un día serán la alfombra de tus plantas los trofeos de mi valor y de mi fortuna...

—¿Y si mueres... si tu sangre fuera el precio de la inmortalidad?...

No, no, D. Pedro...

—Soy el campeón de la justicia. Dios no abandonará la causa de los buenos.

—También yo quiero los lauros para tu frente y la gloria para tu bandera... pero sin sangre, sin el riesgo de la lid.

—Las palmas de victoria crecen sobre el campo del honor.

—Consérvame tu vida; y en cambio serás por mí el héroe de la libertad.

—Mujer admirable y generosa... gracias por el país, y por el primer conuero de Castilla!

—Déjame obrar, y entregaré en tus manos la causa imperial. Poseo algunos secretos de la corte flamenca; varios agentes del cardenal son emisarios á mi devoción: en el consejo no hay arcanos para mí... yo marcaré á los enemigos de Castilla el instante de su ruina. Caerán; y tú solo, mi D. Pedro, recogerás el fruto debido al vencedor. ¿Qué mas?...

—Pero yo debo desenyainar la espada, y conducir los míos donde lo requiera la ocasión.

—Yo cuidaré de tí, por cariño á entrambos. Ya sabes lo importante. En lo demás me encomiendo al instinto del amante y á la discreción del hombre de estado.

—Sea así. Pero si se me presenta el trance, mi lanza es la primera que se rompe en el palenque del desagravio nacional.

—Esta llave, D. Pedro, es del postigo Zamorano. Tómala. Todas las noches, al canto del grillo, te esperará en el pabellón de la huerta Mendaya, te conducirá con seguridad y recato desde aquí hasta mi propia cámara. Es hombre fiel y discreto. Puedes confiar en él como yo misma.

—Ningun riesgo me será costoso para llegar á tus brazos.

—Y para salvar conmigo á Castilla.

—Tú serás algun día el ídolo de sus honrados pueblos, que á mi voz te saludarán como el ángel de su ventura.

—Para tí solo el aplauso y los honores. Para mí la dicha de pertenecer al salvador de la patria!

CAPITULO XIV.

CUCHILLADAS EN LA CALLE.

Separándose estan con dulcísimas protestas nuestros bien hallados interlocutores, cuando algunos mosquetazos y el ruido sordo y crecientemente, como de un tropel de caballos, interrumpieron desagradablemente la tierna despedida. Quedáronse suspensos uno y otro, y acaso una idea suspicaz cruzó á la vez por sus imaginaciones. Pero antes de que pudiesen hacer otra cosa que clavarse una mirada absorta y perspicaz, un buen trozo de caballería llegó con estruendo y rapidez á las puertas del santuario. Formidables y reiterados golpes resuenan sobre ellas. Las mazas de armas baten sin tregua la prominente clavazón.

—¡Paso al marqués de Astorga!... gritan entre el repique de las aldabas y ferrados cuentos, roncás y destempladas gargantas. Y los portones retiemblan con la simultánea percusión de los desaforados ginetes.

—¡El marqués de Astorga!... esclama D. Pedro. ¿Qué quiere aquí, condesa?

Pero Doña Ana, tirando de un cordón, por toda respuesta dijo con imperiosa energía: Ahora vais á saberlo. Y encarándose á Mendaya que se presentó en la puerta un tanto azorado: Ni al rey, ni á la ley! Quien quiera que viole mi morada, tendéle muerto en el umbral.

Toma acto continuo del brazo á D. Pedro, y colócalo consigo en el hueco de la ventana; corre el pesado tapiz, para ocultar la luz, y abre los postigos, que giran suavemente sobre los goznes.

Merced á la pálida lumbre de algunas estrellas, divisan confusamente á la portería un grupo de gente de armas con los caballos en desorden, y con zozobra ostensible en sus movimientos y ademanes. La mayor parte de los ginetes ocupan los arzones: solamente unos pocos tienen sus monturas de mano, mientras aporream sin duelo la inflexible barrera. Algunas frases y palabras sueltas llegaban á sus oídos entre el desigual diapason de aquel estruendo.

—¡Mal rayo en el obispo y su revoltosa clerigalla!... decia un soldado poniendo á su arcabuz la mecha.

—Esto es lo que se llama ir por lana y volver sin pelo!... le replicaba otro, que descargaba sobre la puerta el pomo de su machete.

—¡Pero este portero está dado á Barrabás!

—¡Por vida del Antecristo!...

—¡Gentil despacho si nos halla aquí el marqués!

—¡Animo, camaradas! El señor almirante dará por bueno cuanto salve las cabezas de tanto buen servidor.

Una tempestad deshecha descargó sobre la portería después de tan fraternal perorata.

—Van á derribar las puertas esos miserables! dijo D. Pedro á la condesa. Déjame espantar esa bandada de grajos hambrientos, y quedaremos en paz y á salvo.

Y disponiase á salir del alfeizar con temerario impetu. La condesa logró detenerle, ya en medio de la estancia. El caballero se contuvo ante la consternada actitud de la jóven.

—Nos perdemos si das un paso mas!

—¡Oh!...no sabes, Doña Ana, cuán critica y funesta es para mí la complicación de las circunstancias!

—Las puertas son seguras... mis gentes leales y resueltas. Estoy yo contigo... nuestra suerte será comun...

—¡Las oncel!... ¡las once ya!... Es preciso salir á todo trance... me va en ello mas que la vida, doña Ana... me va el honor.

—¡Y el mio, D. Pedro, qué será de él?...

—Esta tardanza me asesina... ¡Desesperación!...

—Habla, D. Pedro, habla... verte así es un martirio... ¡ya lo veo! aun tienes para mí secretos!...

—No son míos, condesa.

—Pues bien: si tanto importan, si tu honra pelagra por la demora... libre estás. Corre, preséntate al enemigo, publica nuestra amorosa puridad, y salva tu nombre aun á costa de mi mancilla y desventura. Aquí los vasallos de mi esposo me hallarán anegada en mi propia sangre...

—¡Por piedad, hermosa mía!...

—Parte: ¿qué tardas?... puesto que hay algo en el mundo para tí maspreciado y digno que esta mujer sin ventura.

—Oye... pues lo quieres. Soy el caudillo de la comunidad. Esta noche se falla el proceso entre el pueblo y el emperador. Mis amigos me esperan para proclamar la lid. Las doce van á dar; y el caudillo no se halla en el puesto que los valientes han confiado á su valor y lealtad.

—¡A las doce!... ¡Apenas falta media hora!

—¡Y tengo que correr tres leguas de lodazal, para llegar á punto... y esos desventurados van á ser causa de mucha perdición!...

Y mordiéndose los labios de cólera, daba vueltas á largos pasos por la alfombrada estancia.

—Parte, D. Pedro... parte. Piérdase todo, menos el país. Yo saldré contigo... esa turba de dementes reconocerá en mí á su señora... y ¡ay del que osare á mi huesped!... Vamos pues!

—No puedo aceptar ese heroico sacrificio. La salvación á tal precio no es digna de un caballero español.

—Pero... si no hay otro medio...

—Deshonra por deshonra, caiga sobre mí.

—¿Qué pesa una triste dama en la balanza de la razón de estado?...

(Continuará.)

ROMANCE.

Asomado á una ventana del alcázar de Segovia el niño infante D. Pedro del fresco del aura goza. En el pecho y en los brazos de su nodriza se apoya, que con ósculos alegres sus caricias galardona. ¡Cómo el placer se retrata en sus mejillas de rosa! que en la sonrisa de un niño refléjase su alma toda. ¡Cómo contempla inocente del campo la verde alfombra, las blancas nubes del cielo, las libres aves canoras! Mira á sus piés el Eresma que agita sus claras ondas, bruñido espejo de plata que el sol al morir colora. Y un precipicio mas cerca cubierto de negras sombras, que ha de contar á los siglos una tragedia horrorosa. El gozo que el alma siente quisiera decir su boca, y con débiles acentos piensa explicar lo que ignora. En esto cruzó volando una fugaz mariposa, llevando el luto en sus alas de Castilla á la corona. Vióla pasar el infante, tendió su mano gozosa... y el rey Enrique segundo la muerte de un hijo llora. Que en vano asió la nodriza aquellas flotantes ropas; rodó el infante al abismo, y un ángel subió á la gloria. La que cual madre le amaba, y el triste caso vió sola, gritando, «Señor, valedme!» de la ventana se arroja. Hoy en sepulcro de mármol el muerto niño reposa, y la noble y fiel nodriza vive en la humana memoria.

José GONZALEZ DE TEJADA.

EL TESORO.

Ó SEA

EL ALDEANO Y LA FORTUNA.

Fábula.

Cantando lleno de gozo sin dejar tregua á la mano, un inocente aldeano formaba profundo pozo.

Pasó entonces la fortuna y le pregunta: ¿á qué tiendes con el trabajo que emprendes, aunque sea inoportuna?

—Estoy buscando un tesoro
donde señaló el zaborí.

—¿Quieres encontrarlo, di,
y al punto llenarte de oro?

Pues emplea tu azadon
con mas oportunidad:
cultiva bien tu heredad
y tendrás de oro un monton.

Que halla un tesoro el activo
entendido labrador,
cuando riega con sudor
la tierra á que da cultivo.

PASCUAL FERNANDEZ BAEZA.

EL TÚMULO.

Ese tùmulo triste
contempla, bella Láura:
de un alto potentado
es la última morada.

Asi pasan las glorias;
así las dichas pasan:

de la cuna al sèpulcro
un punto nos separa.

Cual rosa, que al sol nace
y con el sol acaba,
tal nuestra frágil vida
hácia su ocaso marcha.

Si tan corto es el plazo
que á la existencia humana
entre negros pesares
la Providencia marca,

¿Por qué en desdenes pierdes
tu mejor tiempo, Láura?

Si hoy eres fresca rosa
del céfiro balagada,

Mañana, al verte mística,
marchita y deshojada,
ese mismo airecillo
esquivará tus ansias.

M. C.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO 20.

*Quien de vidrio tiene el tejado, no lance piedras
al de su vecino.*

CARICATURA.



(Distraccion de los guerreros destinados á Crimea.)